

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

Álvaro Matute

“Miguel León-Portilla y el teatro”

p. 85-88

*Vivir la historia*

*Homenaje a Miguel León-Portilla*

Salvador Reyes Equiguas (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2008

166 p.

ISBN 978-970-32-5504-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de junio de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/493/vivir\\_historia.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/493/vivir_historia.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## MIGUEL LEÓN-PORTILLA Y EL TEATRO

ÁLVARO MATUTE

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

No soy profesional del teatro ni historiador especializado en la cultura náhuatl. Por lo tanto, mis credenciales para tributar homenaje a Miguel León-Portilla, a partir del tema enunciado, son prácticamente nulas. Sin embargo, el “prácticamente” resulta ser un adverbio tramposo. Si lo elimino, diría que mis credenciales son nulas y punto. El adverbio, en cambio, me ayuda a matizar. En efecto, no es escasa, aunque suene mal decirlo, no sólo por el hecho de haber leído una buena cantidad de obras teatrales —en tercero de secundaria leí el teatro completo de Lorca—, sino por la grata experiencia de haber pisado unos pocos escenarios, lo que me permite hablar con un pequeño porcentaje de conocimiento de causa. Por otra parte, aunque no nahuatlato, soy discípulo de Miguel León-Portilla, y lo afirmo de manera contundente, ya que él fue mi maestro y mi director de tesis de licenciatura. Además, trabajé con él en dos proyectos importantes: la *Historia de México Salvat* y los libros de texto para la secundaria abierta en los años setenta. Siempre estaré agradecido por la confianza que depositó en mí, ya que yo era el más joven de los coordinadores de tomo en la obra de Salvat y creo que salí airoso de la empresa. El trabajo de los libros de texto al lado de Miguel fue muy enriquecedor. Creo que hicimos una obra más que decorosa. El doctor León-Portilla condujo al equipo redactor con la inteligencia de que es capaz. Pero, vamos al teatro.

En el domicilio del Teatro de la Universidad, que era el llamado Teatro del Caballito, propiedad de doña Marilú Elízaga, actriz y dama de sociedad, que lo alquilaba a la UNAM cuando Héctor Azar encabezada el entonces Departamento de Teatro de la Dirección General de Difusión Cultural, tuvo lugar un curso de “Teatro Náhuatl”, impartido por quien hoy es justamente homenajeado. Eso

ocurrió los días 8, 15 y 22 de agosto de 1961. El mes anterior, el portentoso padre Ángel María Garibay nos había ilustrado acerca del teatro griego, actividad que precedió a la inminente aparición de sus traducciones de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes que enriquecieron la colección “Sepan cuantos...” de Porrúa. Yo, por mi parte, cursaba el primero de prepa y pertenecía, orgullosamente, al célebre grupo “Teatro en Copa”, que dirigía el mencionado Héctor Azar, y no me perdía las actividades culturales complementarias que ofrecía nuestro teatro universitario, ni las representaciones que ocurrían en su escenario. Gracias a eso vi el debut como director, por ejemplo, del hoy merecidamente celebrado Ludwig Margules, y las magníficas puestas en escena de Juan Ibáñez.

El contraste fue enorme en apariencia. El hombre más que maduro que era el padre Garibay, con su potente voz de canónigo penitenciario, y su lengua barba gris y blanca, contrastaba con el joven académico que jamás ha dejado capilaridades visibles en su rostro. Miguel León-Portilla nos habló de la representación que implica la fiesta en el mundo náhuatl, en el Altiplano Central, que permitía hacer referencia a un teatro muy diferente del griego, en tanto que no había poetas trágicos como los referidos que trató Garibay. Recuerdo algunas cosas de esa experiencia: el entusiasmo del conferencista, la manera como nos comunicaba las descripciones de los elementos de representación que podrían dar lugar a una teatralidad, y las fuentes. Sin duda, en esas tardes fue la primera vez que oí hablar de fray Diego Durán, de la fiesta de Toxcatl y de cómo participaba en ella toda la población, por el sentido ritual del llamado teatro náhuatl. Decir que se me reveló un mundo es decir poco. También se refirió a la escenificación de grandes mitos y por último a las noticias relativas a la existencia de comedias y dramas precolumbinos, ya en este caso en la amplitud mesoamericana. Esta rememoración se apoya en un Anuario Universitario que conservo, entre otras cosas, porque tiene una fotografía de mi persona en una de las representaciones que ahí fueron llevadas a la escena.

Años más tarde, muchos, por cierto, aparece en la Colección Popular del Fondo de Cultura Económica un pequeño libro de Miguel, que lleva por título *La huida de Quetzalcóatl*, que es una obra de teatro. Así que nuestro maestro y amigo también incursionó en el mundo del teatro como dramaturgo. Cuando adquirí el libro pensé: “qué guardado se lo tenía”. La obra fue escrita allá por 1952, o sea que pertenece a su producción juvenil, la de antes de los 30. Intentó publicarla en la revista *Ábside*, representativa de la cultura

católica mexicana de su momento, dirigida por el padre Alfonso Méndez Plancarte, notable humanista. Cuando el joven escritor inquirió por el destino de su trabajo, don Alfonso le preguntó si era ateo. León-Portilla, seguramente estupefacto, replicó que la obra venía precedida de un prólogo escrito por el maestro de nuestro autor, el ya mencionado padre Garibay, por lo que el ateísmo advertido por el editor de *Ábside* no era tal. El caso es que la obra no fue impresa y durmió durante décadas hasta que su autor la dio a leer a nuestro amigo el poeta Marco Antonio Campos, quien lo animó a publicarla, y qué bueno que así fue.

Miguel León-Portilla había estudiado filosofía y por entonces debe haber estado preparando la que sería su tesis doctoral, es decir, al lado de Garibay ya estaba más que introducido en el estudio y conocimiento de la cultura náhuatl. Por inferencia de otro de sus textos, *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, puedo atreverme a afirmar que el joven Miguel no era ajeno a la lectura de Martín Heidegger, que alguna huella le habrá dejado, ya que el tema de la obra, la sustancia que la anima, es el tiempo, la temporalidad.

Comulgo con la tesis de Héctor Azar de que todo es posible de ser representado. Digo esto porque alguien podría objetar que *La huida de Quetzalcóatl* es un ensayo filosófico dialogado. En parte sí, pero es teatro de manera totalmente legítima, por su estructura dramática, la caracterización de sus personajes, los escenarios y los diálogos, que constituyen el meollo de la teatralidad. Cuánto teatro no es sino filosofía para representar: ¿no en ese tiempo Sartre lo hacía en sus obras dramáticas? Cuántas de esas piezas fueron llevadas a la escena. Ciertamente la obra tiene el estatismo del teatro de reflexión, del que llaman “de tesis”. Su plasticidad propicia darle el supremo valor a las palabras. Quien la llegara a dirigir tendría que jugar mucho con luces, escenografía, excelentes voces de los actores, porque desde el propio texto hay suficientes elementos dramáticos que harían de la obra una pieza de un dramatismo propio de la tragedia, ya que la conciencia de la temporalidad es lo que lleva a Quetzalcóatl a abandonar su entrañable *Tollan*. León-Portilla plantea el orgullo y la entrega de nuestra figura mítica a su realización más plena, la *toltecáyotl*, la cultura que les dio a los mortales. Los mensajeros que llegan le advierten que se enfrenta a la finitud, lo hacen consciente de ella, obra irrecusable del paso del tiempo. Canónicamente, la acción nos plantea la exposición cuando los mensajeros encuentran a Quetzalcóatl, y el nudo, para decirlo con la retórica tradicional, viene cuando el personaje central

adquiere conciencia de la temporalidad, de la suya propia. El desenlace es trágico: Quetzalcóatl se va, abandona todo lo que había formado.

En un terreno especulativo, podría pensar que los años que permaneció guardada la obra corresponden a éstos en los que el escritor que va adquiriendo sabiduría y madurez considera su producción temprana “pecado de juventud”. Esto es sólo especulación, insisto. Qué bueno que León-Portilla no destruyó su texto teatral, porque refleja la angustia existencial propia del momento en que fue escrita, de lo cual no hay por qué arrepentirse. El existencialismo fue una gran filosofía del siglo XX y produjo el teatro del absurdo, una de las grandes creaciones del propio siglo. La amalgama que logra la angustia de la temporalidad con el conocimiento de uno de los mitos centrales de la cosmogonía náhuatl, aunada al lenguaje con el que los personajes se comunican y la estructura que les da, hacen de *La huida de Quetzalcóatl* una obra teatral fresca, muy bien lograda, representable, gratamente audible y llena de material para la reflexión.

Desde que la leí en cuanto apareció en 2001 tenía ganas de comunicar mi reacción ante ella. Agregó que creo sospechar por qué Méndez Plancarte encontró un supuesto ateísmo en el texto de Miguel, ya que si yo advierto una inclinación heideggeriana, el director de *Ábside* pudo sentirse incómodo con el existencialismo ahí presente. Vale recordar la anécdota de que cuando Sartre se refirió a sí mismo y a Heidegger como representantes del existencialismo ateo, el alemán replicó señalando que él no estaba tan seguro y dejó solo al francés con su afirmación, aunque su filosofía no da muestras de que sea creyente. Acaso la pieza de León-Portilla tampoco ofrezca elementos que muestren alguna religiosidad que no sea la propia de los personajes y las acciones que se representan y que pertenecen a su cultura. En ese plano, el problema de la temporalidad está planteado con una muy clara concepción de la historicidad. Hay, como en su obra histórica, clara conciencia y deslinde entre el tiempo en que ocurren las cosas y el tiempo desde el cual se contemplan.

Qué bueno, pues, que se me brindó la oportunidad de referirme a estas relaciones de Miguel León-Portilla con el teatro en el marco de la celebración de su octogésimo aniversario. ¡Enhorabuena por la acertada incursión del maestro en el terreno de la dramaturgia!